



La rueda del tiempo

Sofía Olguín



La rueda del tiempo

Sofía Olguín

Sofía Olgúin, Octubre 2013

Sitio web: <http://nimphie.blogspot.com.es>

Contacto: nimphie@hotmail.com

Facebook: Sofía Olgúin (Nimphie Knox)

Imagen de portada: Liz Grace

Sitio web: <http://www.flickr.com/photos/liz-grace>

Diseño de portada: Sofía Olgúin

Este libro electrónico ha sido colocado en descarga gratuita por su autora. Su distribución, impresión, reproducción y alojamiento en hosts diferentes del de origen están permitidos.

No está permitido utilizar este libro con fines comerciales.



La rueda del tiempo



«No aguanto el olor a hospital», decía mi mamá cuando me llevaba a vacunar. Yo no olía nada. Abría la nariz y respiraba profundamente para sentir ese olor que tanto le desagradaba... pero para mí, los hospitales no tenían olor. Y ahora, después de tantos años, siguen sin oler a nada en particular. Hace mucho frío y Agustín no deja que lo bañe. Se encapricha y se queda en su habitación, sentado detrás de la puerta, con las piernas cruzadas y el mentón pegado al esternón...

—¿¡Le vas a sacar sangre sí o no?! —le grito al enfermero de turno.

La gente se gira para mirarme. No saben si soy médico, enfermero o qué. Ojalá fuera médico. Si fuera médico (o Jefe de Enfermería) tendría algo de autoridad sobre este tipo. Soy un enfermero más, pero en este momento no soy más que un hombre. Un hombre que sufre.

—Mirá, flaco... —me dice el enfermero, un hombre petiso, gordo, con cara de poca paciencia—. Si no se deja, no se deja, ¿qué querés que haga? Vuelvan cuando esté más tranquilo... explicale que le tienen que sacar sangre...

—No me voy a ir. Está sin desayunar y tiene que comer para poder tomar la medicación, está internado en Salud Mental, ¿no podés tener un poco de buena voluntad aunque sea?

Agustín me apreta el brazo y esconde la cabeza en el hueco de mi axila. Tiembla. De frío o de miedo, no sé.

—Flaco, toda esta gente está en ayunas —dice el enfermero con impaciencia, intentando abarcar con sus cortos brazos toda la inmensidad de la sala.

Me giro apenas. Docenas de ojos nos miran atentos, lo miran a Agustín con cautela, con lástima. Odio que lo miren así, odio que le tengan lástima. Dos abuelas hablan en voz baja, sin sacarle los ojos de encima.

—Vení, Agus.

Lo guío hasta una camilla y le digo que se siente. El enfermero me mira, sin quejarse de que me estoy saltando el protocolo. Se acerca y parece que quiere decir algo.

—Seguí con tu trabajo, ¿quierés? —digo sin mirarlo.

En este momento solo tengo ojos para Agustín. Preparo la banda elástica, la jeringa y el alcohol. Le subo la manga de la camiseta y busco la vena en su carne pálida... Él cierra los ojos con fuerza y suelta un sollozo agudo.

—Respirá profundo...

No me rimes

Con esta noche de poemas tristes,

En esta eternidad congelada,

El agua de las goteras del techo

Me inunda las venas,

Me moja los dedos

Me tiñe los sueños.

No me rimes,

Y si suspiro,

Quiero escuchar el eco

de tu corazón dormido

en el trampolín de tu pecho.

No me rimes

Con esta noche

de silencio frío.

Agustín está internado hace más de tres meses y tres meses es mucho tiempo. No sé qué enfermedad tiene, solo leo el libro que deja el enfermero anterior: las indicaciones de la medicación, la dieta y los comentarios. Pero hablo con la mamá todos los días y si ella no sabe qué le pasa a su hijo, ¿quién más puede saberlo?

Agustín casi no habla. Tiene diecinueve años, es flaco, muy pálido y apenas come. Se me parte el alma cuando se pone a llorar así de repente, sin razón.

—Le hicieron montones de estudios, acá y allá también. Allá casi me lo matan con los remedios que le dieron, eran muy fuertes para él... —Eso me dijo Adela, su mamá, cuando le pregunté con mucho tacto, entre mate y bizcocho, qué le pasaba a Agustín.

Yo era nuevo en Salud Mental. Antes estuve en Guardia, en este mismo hospital; y antes estuve en un centro de niños con capacidades especiales.

Me fui porque me deprimía... No soportaba verlos con la mirada perdida, con la lengua afuera, con la comida goteándole de la boca porque no podían masticar bien...

Acá el trabajo está mejor pagado, pero es más extenuante. Acá hay más cosas que hacer, mucho más que sacar sangre y tomarles la presión a los pacientes. Acá hay que darles los remedios a tal hora, contenerlos cuando se sienten mal, hablar con ellos, tapparlos a la noche cuando hace frío. Cuando llegué, había un viejito diabético y tenía que pincharlo tres veces por día para hacerle el hemoglucotest y después inyectarle la insulina. Se llamaba don Manu.

—¿Tiene papá? —le dije a Adela en voz baja.

Yo hago las preguntas así, las tiro como piedras. Me disculpé, pero ella sonrió y me dijo que el papá de Agus estaba en otro país.

Si nadie lo vigila, Agustín se queda sentado en la bañera mirando el techo. Cuando recién llegué, tenía que ayudarlo a bañarse. Agustín se baña de noche porque no soporta el ruido de las horas diurnas. “Más tarde”, dice cuando ve que todavía entra luz por las persianas...

Agustín se sienta en el inodoro y mira el suelo. Su pelo chorrea agua, el agua moja el piso, le acaricia los pies.

—¿Qué pasa, pecoso? —le digo.

Me agacho a su lado y le apoyo las manos en las rodillas. Agustín está desnudo (tan desnudo), pero eso no parece avergonzarlo. Y hago lo único que se me ocurre: lo cubro con la toalla y le doy la mano (vamos, Agustín) para que se levante y se meta de nuevo bajo el agua.

—A ver, poné la cabeza para que te ponga el champú, así, mirá que necesitás una podada, eh, mirá que este pelo ya parece un nido de palomas...

Y si hace tanto que está acá, pobrecito, ¿cuándo habrá sido la última vez que le cortaron el pelo? ¿Cuándo habrá sido la última vez que...? Y se me ocurren miles de cosas para completar la frase. Que fuiste a un McDonald's. Que corriste para alcanzar el colectivo. Que gritaste un gol (¿te gusta el fútbol, pecoso?). Que diste o te dieron un beso. Que hiciste el amor y te dormiste con el sudor ajeno en el cuerpo... Pero no pregunto nada (¿cómo?) y le refriego el pelo y se hace espuma, y la espuma resbala por su frente, por su espalda llena de pecas, por sus piernas, sus tobillos...

—Dale, nene, que afuera hace frío. Mirá qué flaco que estás, parecés un pajarito, tenés que comer, eh, mirá que si no comés no vas a salir más de acá y mirá que te prometí llevarte a pasear en la casa rodante...

Y ni hablar de las cosas que te prometí, que dale, secate y ponete la ropa.

Y los ojos de Agustín me miran sin verme, y yo los veo y trato de (¿descifrar?) si me están diciendo algo, si están gritando o si sólo tienen sueño.

—¿Tenés sueño, Agus?

Sacude la cabeza, me salpica con agua. No, quiere decir. Como no le salen las palabras de la boca, me lo dice con la cabeza. Y me gustaría sacarle de la boca todas esas palabras que tiene en la cabeza, pero no sé cómo.

—Dale, ponete las medias. Ahora estás limpito, eh. Si ahora comés toda la cena estamos completos.

Se sienta en el inodoro, ahora con ropa; pero desnudo me gustás más, y mojado más y lleno de champú más, y cuando te lavo el pelo y si tengo que secarte el cuello, pecoso (pecoso) te prometo que te voy a llevar a pasear en la casa rodante.

Moría abril y tenía que decidir si me iría de Guardia. El enfermero de Salud Mental del turno noche había renunciado y me habían recomendado para el puesto. Aquella tarde, abrí la puerta principal de este salón y me encontré con un chico flacucho sentado en el sofá. Tenía las piernas juntas, las manos juntas (¿estaba rezando?), los ojos clavados en la nada, las cejas fruncidas como recordando (¿qué recordaba?) algo muy triste. Sentí algo. Un relámpago, un sacudón en mis entrañas, un escalofrío erizándome la piel.

Lo primero que pensé fue: qué lindo que es. Y lo segundo: pobrecito, ¿qué le pasa? ¿Por qué está acá, tan joven...? ¿Qué edad tendrá? No pasa los veinte, seguro... Parece que no me escuchó entrar, ¿será sordo? Mirá, es todo pecoso. Y lo último: me quedo a laburar acá.

—¿Y este pecoso cómo se llama? —le pregunté. Siempre les hablaba así a los chiquitos autistas y los doctores me retaban. No les hables en tercera persona, Andrés, ya sé que lo hacés de cariño, pero...

—Agustín se llama. —Adela salía del baño con las manos mojadas. Se las secó en la ropa y me tendió una (mano mojada) y una sonrisa triste—. Es mi nene. Vos sos el enfermero nuevo, ¿no? Qué joven que sos...

Tu nene (¿nene?), ¿qué edad tiene tu nene? Ya está grande para ser nene, o grandecito, como quieras, como más te guste. Y vi que los ojos de ella no

se parecían a los de su nene (los de él eran grises, grises y tristes) porque los de ella eran marrones, normales, oscurecidos por ver a su hijo (su nene) internado en este loquero.

—¡Así que Agustín se llama este pecoso!

Adela me sonrió y en sus labios brilló una sonrisa de alivio.

El enfermero que se iba me explicó que Agustín “estaba ahí hacía bocha de tiempo” y me mostró la carpeta con las indicaciones para cada paciente. Me detuve en la medicación: solo lorazepam de dos miligramos a la noche, ¿y nada más?

AGUSTÍN LOREDO, CAMA 4

CONTROL ESTRICTO: TA, FR, FC, TEMP.

DIURESIS, CATARSIS.

NO DAR ANTIPSICÓTICOS, NINGUNO!!

Adela dejó un secador de pelo. Intenté secarlo la melena a Agustín, pero no se deja: le molesta el ruido, se pone a llorar, se desespera.

—Quedate conmigo.

La voz de Agustín, suave, ronca (¿fumabas, Agus?) me lo pide y ¿cómo negarme? La habitación 4 es calentita porque la estufa está justo afuera, pero afuera (realmente afuera) los martes y jueves hay reunión de narcóticos anónimos y Agustín no soporta las voces.

Ya te cerré la ventana. Ya te puse la colcha. Te traje agua y unos caramelos que compré en el quiosco. ¿Qué más puedo darte para que duermas, además del lorazepam? ¿Un beso de buenas noches? No, porque con un beso la bella se despierta y yo quiero que te duermas, bello despierto, bello insomne, bello por donde se te mire. ¿Por qué estás acá...? Bailando en el boliche tendrías que estar, tomando una birra, fumándote un faso, tranzándote minas (o pibes, es lo mismo)... ahí y no acá, dopado, encerrado.

Un faso quiero. Y un boliche, un privado y un pasivo (o versátil) de ojos claros. Quiero coger y coger imaginando que estoy con vos y que te digo lorazepam y no sabés de qué estoy hablando. Pero mi imaginación es débil, por eso soy enfermero y dejé de ser poeta, por eso dejé la casa rodante de color blanco, porque las hippeadas de mis viejos me ponían de mal humor. Porque mis viejos eran hippies, ¿sabías, pecoso?

—Mis viejos eran hippies, ¿sabías?

Y no, cómo vas a saber si nunca te lo dije. Ay, cómo puedo estar tan desesperado, cómo puedo querer un faso y afuera están los narcóticos anónimos. Agus, decí algo.

—N... no.

Con tirabuzón hay que sacarte las palabras a vos. Con caña de pescar, con imán en forma de herradura.

—Sí, eran hippies y se vestían con esa ropa ridícula que aparece en las películas. Y mi vieja prendía sahumeros y no comía carne, ¡y mi viejo tenía una plantita de marihuana que la cuidaba...! Más que a mí la cuidaba a esa plantita de mierda.

Y Agustín se ríe (sí, reíte más, más, más...) y me mira con esos ojos (tristes los ojos) y yo pienso dale, pecoso, ¿fumaste un faso alguna vez? Contame, contame todo lo que hayas hecho. Fumar marihuana (o flores, que pegan más), una pastillita loca, masturbarte en el baño del colegio (o en la clase de biología), llenar la compu con los virus de las páginas porno, chupar algo de ahí abajo, ¿a qué edad debutaste? ¿Trece, catorce, dieciocho? Porque debutaste, ¿no? Tenés una cara de pillo, ¿cómo te gustaría debutar si tuvieras que debutar de nuevo?

—Y de ellos era la casa rodante. Bah, en realidad esta es nueva, la canjeé porque la otra ya no daba más. Esta es más copada, ahora tengo tele satelital, pero de esa de prepago, como casi no miro tele... Y la dejé así blanca, porque la de mis viejos estaba toda pintada como esa que aparece en Los Simpson, ¿viste? La caravana de un payaso parecía...

—Tengo hambre.

Ay, no me digás, pero eso te pasa por no cenar, si te tengo que pasar la comida con pala.

—¿Querés un yogur? ¿Una manzana...?

(Yo me voy para Tijuana: tequila, sexo y marihuana).

Agustín sacude la cabeza y dice “algo salado”.

Vamos a la cocina, dale, pendejo, levantate y no hagás ruido porque los doctores de guardia están allá mirando Chacarita-San Lorenzo y si ven que te hago comida a esta hora me van a retar. Vos tenés que portarte bien y comer a la hora de la cena, cuando nos traen las bandejas calientes de la cocina, y no hincharme las bolas a las doce de la noche con que tenés hambre, que si pudiera comerte a vos ya te habría comido: sal, aceite, vinagre, picante, picante, picante... caníbal me dirían.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

